

alguna responsabilidad. Allí conocí por dentro a muchos hombres de la guerra. Entre ellos, al general Asensio.

—Pero, su actividad literaria... Aquellos artículos para el periódico de que usted me hablaba cuando nos encontrábamos.

—Eso fué al principio. Después escribí mucho más, aunque para mí. Llené muchos de mis cuadernos de apuntes que, en general, no se referían a la guerra. Eran ellos mi puerta de escape hacia otros mundos más gratos, a veces quiméricos, inasequibles... Nunca he dejado tan libre a mi fantasía como durante la guerra; le sorprenderían algunas de esas paginitas.

(Como asoma la abstracción, uno de los más interesantes aspectos críticos de Jarnés, tenemos que apurarla y seguir enterándonos).

—Entonces, con la pluma o con el puño en la mejilla, se detenía usted mucho a pensar...

—Ya lo creo; no hacía otra cosa en las horas no burocráticas. Pero nunca pensaba en la misma guerra. En las pesadillas no se piensa; se padecen.

—¿Le sugirió a usted algún libro todo aquello?

—Sí; esa novela de la que le he enseñado el comienzo, *La casa de los pájaros*. Y una colección de cuadros de viaje, titulada *Escombros*, que algún día saldrá.

### Política y literatura

(Recordemos, a todo esto, que una de las labores predilectas de Jarnés es la de crítico, de enjuiciador lírico de la literatura, mejor dicho. Y que estamos dialogando para un libro sobre los escritores de España. Vamos, pues, a preguntarle por los casos más interesantes, ahora que—como siempre—está tan dispuesto a hablar, porque ese sí que es de sus ejercicios más gratos, también como buen ensimismado).

—La guerra—como usted habrá visto, querido Jarnés—nos ha planteado muy interesantes cuestiones sobre los escritores. Más, una guerra tan política como la nuestra, y sobre todo, una guerra civil, si de alguna manera podemos llamarla para entendernos. Principalmente ese problema—eterno—que ya inquietó hondamente a Fenelón, a Stendhal y a Gide, hombres de tres siglos distintos, lo que quiere decir que seguirá desvelando a los venideros...

(Jarnés, hombre jovial si los hay, aguanta mal tan largas preguntas).

—Bueno, ¿y qué es ello?

—Sencillamente esto: ¿puede ser político el escritor?

—Hombre... Yo creo que sí... Aunque, claro, es mejor que no lo sea. La política es siempre una limitación.

—¿Por qué cree usted eso?

—La razón es clara: restringe el campo de la verdad. Y ahí tiene usted el ejemplo: un político no puede entenderse con las verdades del campo enemigo.

—Pero eso es justamente la política.

—Bien, pero un escritor no debe desentenderse de ellas. Por lo cual, si es noblemente escritor acabará por acarrearle la enemistad de los de su propio campo. El destino de todo escritor fiel a su conciencia es el de ser crucificado. El político no tolera verdades; sólo tolera consignas.

### Azaña o el intelectual

—Pongamos un caso práctico, o lo que para mí es un fracaso práctico: el de Azaña. Era escritor y político de fervores y, con toda su buena fe, creyó poder compaginar sus aptitudes. El final está en esa carta suya que han publicado los fascistas. Escrita en plena guerra, viene a decir

# John M. Keith & Co. S. A.

San José, Costa Rica

## AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)

Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)

Máquinas de Calcular MONROE

Refrigeradoras Eléctricas NORGE

Refrigeradoras de Canfín SERVEL ELECTROLUX

Plantas Eléctricas Portátiles ONAN

Frasquería en general (Owens Illinois Glass Co.)

Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)

Equipos KARDEX (Remington Rad Inc.)

Maquinaria en general (James M. Motley, N. Y.)

JOHN M. KEITH Socio Gerente RAMON RAMIREZ A. Socio Gerente

algo de lo que usted hubiera escrito: que de política no sabe nada y está cada día más entregado a la literatura... Nada más que él era presidente de la República cuando escribió la carta...

—Mire usted: Azaña creyó que podía permitirse el lujo de decir la verdad y al mismo tiempo presidir la República... ¡Qué equivocación! La verdad sólo puede decirse desde una celda, desde el destierro, desde el patíbulo. Entrar en la política es como entrar—espiritualmente—en una cárcel. El político—el que vive de la política—ha de escribir al dictado. Es su deber.

—¿Y entonces, qué puede hacer el independiente, el observador puro que debe ser el escritor?

—Durante la guerra y la postguerra no hay más que política de terror y no se admiten independientes. Por eso, ¡qué malabarismos se ve obligado a hacer el escritor! ¡Qué cabriolas! Situados entre dos tiranías, los infelices escritores—hablo de los de escaso vigor mental—viven en pleno azoramiento. ¿He dicho azoramiento? Es que lo dije pensando en Azorín.

—Sí. Quiso usted decir azorinamiento, que—en efecto—viene a ser igual.

### Baroja y Pérez de Ayala, dos casos distintos

—Podemos catalogar entre los independientes de nuestra guerra a Baroja, Pérez de Ayala, Ortega...

—Nada de clasificaciones. Es muy difícil juzgar la actuación de los escritores durante la guerra; mucho más su inhibición. Se corre peligro, no teniendo a mano testimonios fidedignos, de errar el tiro. ¿Decía usted Baroja, por ejemplo? Podemos decir que es un escritor apolítico y, por tanto, que su indecisión en los días de decidirse es perfectamente explicable. Si, la independencia era su mayor tesoro, una semisalvaje independencia, y él la defendió como pudo. ¡A veces, tan mal...!

—También le decía Pérez de Ayala...

—¡Pero ese no es precisamente un independiente, como usted lo llama, sino un fugitivo! Lo mismo que algunos otros ilustres autores. Es un desertor, no precisamente de la República española, sino de la misma España. No tenía temperamento de mártir... ¡Qué le vamos a hacer!

### Los conversos

—Tenemos otros casos: los de los convertidos o conversos: Marañón, Benavente, los Quintero...

—No creo en las conversiones, ni siquiera en la de Manuel García Morente que ha entrado en

un convento, como usted sabrá. Hay algo más hondo que la política, y es la vida misma. Y a estos convertidos, su vida y la de los suyos les ha impuesto un camino que se han visto obligados a seguir. Ni han renegado de nada, ni han aceptado nada.

—Si es así, muy respetable. Pero tenga usted en cuenta que a muchos de ellos les podríamos llamar también convertidos cuando estaban con nosotros.

—Claro. Pero ¿es que estaban convencidos de nada? Los llevaron y trajeron los hechos; los hechos, no las convicciones y mucho menos las convicciones políticas que, en general, nadie tenía. La prueba es que algunos partidos políticos esperaron a la guerra para nacer. Al menos, para alcanzar una estatura visible.

### Los cómodos o acomodaticios

—Bueno estaría eso si, a nuestro lado o al otro, hubiesen permanecido como independientes, es decir, sin convicciones políticas, respetuosos con la mayoría. Pero es que trataron de hacer como que las tenían, y saludaban puño en alto desde los escenarios o refugiaban gentes de zona de guerra en sus casas, diciendo que aquello era lo que había que hacer, sin perjuicio de despoticar contra la República en cuanto llegó Franco.

—Sé que lo dice usted por los comediógrafos, pero éstos y otros casos son perfectamente explicables. Incapaces de ver en la guerra otra cosa que sus molestias personales, han obrado de acuerdo con su angostura espiritual y su incapacidad de sacrificio. Mimados por lo que ellos llamaban el gran público, se encontraron que el gran público suyo era muy pequeño: cabía en el teatro Lara. Y se revolviéron contra el verdadero gran público que, después de todo, les respetó como tal vez no les hubiera respetado el falso.

### Unamuno y los muertos

—Podríamos seguir haciendo clasificaciones, todas muy interesantes: los muertos y los vivos, los que se quedaron y los que se marcharon, los...

—Bueno, bueno. Casi hemos hablado ya de todos. Si es caso, pueden faltarnos los que se quedaron, más acá y más allá. Pues todos ellos pueden dividirse en dos grupos. Al primero pertenece Unamuno; al segundo, todos los demás. Unamuno dijo su verdad por encima de todo. Los otros no se atrevieron a decirlo: eso es todo. Porque no es decir la verdad sumarse a una multitud que aplaude.

—Hay otros, aún, que se quedaron: los fusilados, los muertos. Unamuno era tan fuerte—